

FOUCAULT: LA PRIMACÍA DE LA GUERRA EN EL DISCURSO HISTÓRICO-POLÍTICO

María Dolores París Pombo

Resumen

El artículo reconstruye el argumento de la contrahistoria, o de la historia política en la época moderna (a partir de finales del siglo xvii); analiza la emergencia de la nación como actor histórico principal, la decadencia del discurso jurídico filosófico de la soberanía y la aparición de múltiples relatos que narran los orígenes de las luchas políticas, raciales y clasistas entre grupos sociales en conflicto. La autora se remite a una línea particular del análisis genealógico —desarrollada por Michel Foucault en las conferencias que impartió en el Collège de France— sobre el ejercicio del poder político en las sociedades occidentales contemporáneas, la guerra de razas y el surgimiento del racismo.

En los cursos que impartió en el Collège de France a mediados de los años setenta,¹ Michel Foucault analizó las características del discurso histórico-político a partir de una pregunta: ¿no será posible invertir la tesis de Clausewitz sobre la guerra, que la concibe como la política continuada por otros medios?, es decir, ¿no sería necesario afirmar que la política es la guerra continuada por otros medios?

Los estudios sobre el discurso histórico-político conjuntan dos ejes principales de investigación: las estrategias del poder en la época moderna y las relaciones entre discurso y verdad. En estas obras, Foucault realiza una disección de los discursos históricos del siglo xvii en Inglaterra y del siglo xviii en Francia. A través de los documentos de esa época, Foucault demuestra la existencia de una ruptura epistemológica en el discurso histórico; afirma que a partir de la Revolución inglesa y en el periodo previo a la Revolución francesa, se desarticuló el viejo modelo filosófico-jurídico que hasta entonces había ordenado la producción de los relatos sobre el pasado y la fundamentación del derecho. Al desvanecerse el argumento universalista que justificaba el poder de las monarquías y de los imperios y glorificaba las gestas de los grupos dominantes, la Historia se desgajó en diferentes historias que se tornaron en poderosas armas para las luchas políticas. A partir de entonces, la narración histórica fue reordenada en torno al tema de la guerra; la representación de las sociedades humanas se construyó sobre un modelo binario, marcado por un conflicto fundamental entre fuerzas irreconciliables que habrían de enfrentarse hasta la derrota y exterminación de los de arriba, los dominantes, los usurpadores o los poderosos.

EL ANÁLISIS GENEALÓGICO DEL PODER

La genealogía fue el método de análisis mediante el cual Nietzsche logró operar un “descentramiento de la historia”. Permitió la producción de un discurso sobre el pasado que renunciaba a la persecución de un telos de la humanidad o a la búsqueda hegeliana de un sujeto racional que se realiza en la historia. Al hablar de los orígenes del método genealógico, el propio Foucault lo consideraba como heredero de la “contrahistoria” o de la historia política, una episteme propia del pensamiento europeo desde finales del siglo xvii hasta la actualidad.

A diferencia de la historia oficial narrada para legitimar al monarca y en oposición a la verdad sacralizada de la ciencia, del saber verdadero o del conocimiento legítimo, la genealogía desentrañaba “los saberes locales, discontinuos, descalificados, no legitimados”; intentaba así “liberar de la sujeción a los saberes históricos, es decir, hacerlos capaces de oposición y de lucha contra la coerción de un discurso teórico, unitario, formal y científico” (Foucault, 1992, p. 23). Llevaba además a una “eventualización”, es decir, a una valoración de las rupturas, de las discontinuidades, por encima de la narración evolucionista que basaba su coherencia en los vínculos causa-efecto. El suceso apareció como el momento privilegiado en la inversión de las relaciones de fuerzas, en la reversión o ruptura epistémica.

Lejos de construir una nueva verdad sobre el pasado, Foucault se preocupó, como lo afirmaba a menudo, por descubrir el “pasado de nuestras verdades”; describió así las situaciones concretas que permitieron a ciertos sujetos transformarse en poseedores legítimos de la verdad y ocupar una posición estratégica en las relaciones de poder. Encontró los límites de la racionalidad que formula la verdad, que mitifica el pasado para demostrar no sólo la inmortalidad del hombre, sino también el encadenamiento irreversible de los acontecimientos, la transformación de nuestros pasados en una totalidad cerrada sobre sí, la irrenunciable necesidad de la Razón.² La genealogía foucaultiana fue productora de un saber que no tenía pretensiones de verdad, que no imponía su hegemonía sobre la multiplicación y la variedad de los saberes existentes. Su única pretensión era la de incursionar en el pasado para rescatar los saberes olvidados u ocultos que atestiguaban la presencia de los micropoderes y de las formas heterogéneas de resistencia:

Se trata... de coger al poder en sus extremidades, en sus confines últimos, allí donde se vuelve capilar, de asirlo en sus formas e instituciones más regionales, más locales, sobre todo allí donde, saltando por encima de las reglas del derecho que lo organizan y lo delimitan, se extiende más allá de ellas, se inviste en instituciones, adopta la forma de técnicas y proporciona instrumentos de intervención material, eventualmente incluso violentos (Foucault, 1978, p. 142).

El instrumento principal para la elaboración del análisis genealógico fue el documento, el modo en que circula y es leído, el efecto que produce en las relaciones sociales. A través del mismo, la tarea del historiador consistía en analizar los discursos tomando en cuenta los múltiples elementos epistémicos, a veces contradicto-

rios, presentes en el ejercicio del poder y en las resistencias, en contextos institucionales peculiares como la escuela, la cárcel o la familia. Estos elementos no sólo comprendían las reglas de enunciación de la verdad, sino también los silencios, los secretos y las prohibiciones.³ Frente a los dispositivos del poder, existían formas diversas de resistencia a su vez constitutivas también de saberes, que aparecían como una imagen invertida del poder, con caracteres similares, la misma difusión, la misma heterogeneidad.

A partir del estudio de los dispositivos locales, Foucault llegó a develar “diagramas” o estrategias globales de operación del poder. A veces sorprendentemente racionales y coherentes —sin por ello responder a la formulación de una voluntad consciente de los “actores dominantes”— las estrategias parecían a su vez imponer una direccionalidad a las prácticas locales. De esta manera, las tácticas se encadenaban unas a otras, conformaban los soportes locales y concretos del poder que se realizaba finalmente en una amplia maquinaria abstracta perfectamente discernible a los ojos del investigador: un “esquema móvil de las relaciones sociales” (Deleuze, 1986) que determinaba de manera general las formas de decir y de ver de una época.

Para entender la operación del poder y sus estrategias globales, Foucault propuso dos diagramas, válidos en dos épocas distintas: el primero, que se despliega en la edad clásica, se encarna en la institución jurídica de la soberanía y en el derecho real de origen divino. El segundo, que predomina en la época moderna (fundamentalmente a partir del siglo xviii), presenta al contrario el poder como resultante de la lucha y de la sumisión. El tema de la soberanía es sustituido poco a poco por “la mecánica polimorfa de las disciplinas” (Foucault, 1978). En este segundo esquema, el poder produce y transmite efectos de verdad que a su vez reproducen el ejercicio del poder.

Ambas estructuras epistémicas aspiran al derecho, pero la primera lo hace imponiendo una universalidad jurídico-filosófica, mientras que la segunda desenmascara la asimetría propia del derecho que permite establecer o mantener los privilegios. Los procesos de legitimación del poder disciplinario dependen de la individualización de los instrumentos técnicos que fabrican sujetos concretos, que conforman los cuerpos, los gestos, los discursos y los deseos.

EL ANÁLISIS DEL DISCURSO HISTÓRICO-POLÍTICO

Al tiempo que el discurso de la soberanía era reemplazado por las tácticas polimorfas de la disciplina, se fueron autodestruyendo los fundamentos de la legitimidad monárquica. El discurso histórico empezó entonces a tornarse en el arma política principal de las fuerzas sociales en pugna.

Durante la época clásica, la historia fungió como un ritual de poder, cuyo fin era el de mostrar “que todo lo que (hacían) los soberanos nunca (era) vano, inútil o insignificante; (mostraba) sobre todo que nunca (era) indigno de ser relatado. Por el contrario, merecía siempre ser recordado y conservado eternamente” (Foucault, 1992, p. 75). Los textos históricos no eran sino una representación metafísica que

rodeaba la imagen del monarca para mitificarlo y atribuirle un vínculo divino. Al menos hasta fines del siglo xvii, la historia no buscó precisamente la Verdad o la persecución de un saber legítimo, validado por la ciencia. El relato sobre el pasado estaba ligado a las formas religiosas de representación del poder soberano. Por otra parte, la centralidad del tema jurídico validaba el reforzamiento de la monarquía feudal y la construcción de importantes maquinarias administrativas centralizadas para respaldar el poder del rey. Durante el siglo xvii en Inglaterra, se revirtieron las funciones del discurso de la soberanía que fue utilizado entonces para ponerle frenos al poder real y construir un modelo alternativo: la democracia parlamentaria. Esto no hizo más que anunciar la decadencia del tema de la soberanía. La desaparición de los viejos relatos históricos destinados específicamente a magnificar la postura del soberano y a ligarla con la religión permitió tanto la explosión de la Historia —en historias contradictorias, de los vencedores y los vencidos, de las victorias y los martirios, de las glorias y las insurrecciones— como la evaporación del sentido absoluto y universal del derecho. Desde entonces, el relato del pasado se vio subsumido en la fugacidad de los sucesos, en las interminables luchas por el poder, mediante las cuales se imponía la fuerza sobre la razón. La Verdad dejó de ser absoluta para funcionar como arma para una victoria “explícitamente partidaria” (Foucault, 1992). Apareció entonces lo que Foucault llama “la contrahistoria”; ésta transgredía la continuidad de la gloria y proclama el derecho a la rebelión.

Durante la Revolución inglesa, la contrahistoria era un discurso producido contra la monarquía absoluta por los grupos políticos burgueses y por los movimientos populares (principalmente los *levellers* y los *diggers*). Sostenía que el poder de los reyes descansaba en la usurpación de Guillermo el Conquistador, en el siglo xi, quien tras infligir a los sajones una fatal derrota en la batalla de Hastings, logró imponer el dominio normando a toda Inglaterra. Contra la violencia de la invasión, los rebeldes ingleses invocaban el derecho sajón a las libertades fundamentales, propio de los habitantes más antiguos de la isla que no pertenecían ni a la familia real ni a la aristocracia. Afirmaban que el retorno a las leyes sajonas permitiría recuperar la libertad, los derechos naturales y la verdadera naturaleza de la nación.

En Francia, la contrahistoria tiene su origen en la reacción nobiliaria de fines del siglo xvii e inicios del xviii; su expresión más acabada es la obra de Boulainvilliers. Se trata de un discurso dirigido contra el absolutismo y contra la alianza del rey con el tercer estado. La nobleza afirmaba que la autoridad monárquica fue impuesta por la victoria de los francos sobre los galos (o sobre el Imperio Romano) y la posterior traición de Clodoveo, rey de los francos, al aliarse con los galos y convertirse al cristianismo. La reacción nobiliaria atacaba así el poder del rey que hasta entonces encontraba la fuente principal de su legitimidad en el derecho divino, asociándolo con la invasión y la traición.

Este relato tiene distintas versiones que forman parte de una profunda polémica sobre el origen racial de la nación francesa y que ocupará durante dos siglos a múltiples filósofos y científicos. Algunos historiadores cercanos a la monarquía absoluta refutaron la versión de la “conquista” y de la “traición” con un relato alternativo que justificaba los derechos primordiales del rey sobre el territorio nacional afirmando

que éste era el heredero legítimo de Clodoveo, primer rey de Francia. Narraban así que los francos no eran, en realidad, más que “galos anhelosos de volver a ver el país del cual provenían originalmente y no pensaban liberar un país sojuzgado o liberar hermanos vencidos. Se habían movido simplemente por una nostalgia profunda y por el deseo de beneficiarse con una civilización floreciente como la galoromana” (Foucault, 1992, p. 131). En esta versión sobre el origen nacional, la invasión se transformaba en reconquista y la conversión de Clodoveo aparecía como el retorno a los valores originarios del pueblo franco.

La monarquía absoluta se encargó de difundir su propia “versión oficial” y percibió pronto la necesidad de construirle un respaldo institucional para monopolizar la producción del saber histórico, su estudio y su enseñanza. Durante el reinado de Luis xvi, el cuadro administrativo construyó un amplio acervo y almacenó diversos archivos históricos con el fin de controlar la producción y transmisión de la historia oficial. Se creó primero la *Bibliothèque des finances*, unos años después el *Dépot des chartes* y finalmente en 1781 se unieron estas instituciones en una *Bibliothèque de la législation*, encargada fundamentalmente de proporcionar a los ministros “de su majestad”, cuando así lo requirieran, los archivos, los documentos y las investigaciones relativas a la administración, el derecho público y la historia. Finalmente, en 1780, cuando los derechos de la monarquía se vieron atacados con virulencia, Moreau fue nombrado Ministro de Historia y Defensor Oficial del Rey; la historia fue asumida definitivamente como la fuente principal de legitimidad.

En el momento preciso en que los enfrentamientos políticos del siglo xviii pasaban a través de un discurso histórico, en la época en que el saber histórico era efectivamente un arma política contra el saber de tipo administrativo de la monarquía absoluta, la monarquía quiso de algún modo monopolizarlo (Foucault, 1992, p. 147).

La asunción de una historia oficial ligaba el discurso histórico con el Estado. Sin embargo, a partir de entonces podemos asistir a dos versiones contradictorias sobre el pasado, que manifiestan un enfrentamiento entre fuerzas sociales: por un lado, la historia asumida por los gobernantes que será transmitida de manera obligatoria en las escuelas; y, por el otro, la historia ligada a las luchas por el poder y a las rebeliones. A partir del siglo xvii y, sobre todo, desde finales del siglo xviii, el saber histórico es entonces un arma discursiva utilizada por todos los contendientes del campo político (Foucault, 1992, p. 197).

La teoría filosófico-jurídica de los estados y de las monarquías, que había sido la trama elaborada por los historiadores oficiales desde tiempos remotos, fue poco a poco desarticulada. La ley dejó de ser la clave de la paz pública y pasó a ser considerada como resultado de los conflictos y de las guerras.

En su ascenso hacia la representación institucional, las diferentes fuerzas sociopolíticas tuvieron que refutar la tesis de la monarquía que encontraba la condición de posibilidad y la unidad misma de la nación en la persona del rey: para ella “lo que forma el cuerpo de la nación es el cuerpo del rey, y, es el cuerpo del rey en su relación físico-jurídica con cada uno de sus súbditos” (Foucault, 1992, p. 225).

El famoso escrito de Siéyès sobre el tercer estado fue una pieza clave en la rearticulación del discurso histórico. En esa obra, el abad revolucionario formuló un concepto de nación desdoblada considerando la existencia, bajo un solo Estado, de dos naciones distintas: por un lado, la nobleza y el clero, y, por el otro, la burguesía y el pueblo bajo. Siéyès afirmó que el tercer estado tenía una potencialidad revolucionaria porque era la preexistencia misma de la unidad y de la totalidad nacional: "Todo lo nacional es nuestro y todo lo nuestro es nación", afirmaba con entusiasmo el nuevo sujeto histórico. Los revolucionarios franceses, revirtiendo el discurso contrahistórico de la reacción nobiliaria, descubrieron así la epopeya del Pueblo arrancándose por fin las ataduras que les habían impuesto la nobleza y la monarquía. El cuerpo del rey se esfumaba ante el asalto de las multitudes; éstas repentinamente le arrebatában la corporeidad de la nación.

Este momento de ruptura histórica marca, por supuesto, la emergencia de lo nacional como el objeto principal de disputa entre las fuerzas políticas y sujeto principal de la historia. En efecto, podemos considerar que mientras la nación formaba parte orgánica de la monarquía, no daba lugar a ningún conflicto. La nación no era más que el cuerpo político que formaba uno con el cuerpo natural del rey.⁴ En esto, la teoría jurídica tenía todavía, durante la época del absolutismo, una estrecha relación con la teología y es probable que la idea de "corporación unipersonal" que sustentaba la teoría de los dos cuerpos del rey, tuviera su origen en la doctrina cristiana de las "dos naturalezas de Dios" (Kantorowicz, 1985). De alguna manera, no existió la nación hasta que el cuerpo político se sustrajo a su concepción teológica.

Los revolucionarios franceses derivaron el concepto de nación hacia una definición claramente política; en sus declaraciones y en sus discursos, ésta se volvió un sinónimo de "Estado". La bipartición de la nación era la representación de un estado de confrontación permanente entre dos pueblos distintos que vivían en un mismo territorio.

La ruptura radical con la teoría del derecho divino dio lugar al nacimiento del discurso histórico-político, que se articuló entorno a cuatro grandes ejes:

1. El primero consistía en una historicidad absoluta de las sociedades humanas. Al desarticularse el principio universal de la soberanía y su fundamentación filosófico-jurídica, la historia relativizó las normas y los valores que legitimaban las relaciones de poder. Ya no existían principios estables ni fundamentales: "Tras de la fugacidad de la historia, lo que se nos impone es reencontrar la sangre seca en los códigos, y no lo absoluto del derecho... Encontrar lo infinito de la historia detrás de la estabilidad del derecho, los gritos de guerra tras de las fórmulas de la ley y la asimetría de las fuerzas tras el equilibrio de la justicia" (Foucault, 1992, p. 65).

Sin embargo, el relato historicista parecía centrar su interés en tres puntos temporales específicos: el origen de la nación, el presente y el fin de la historia (éste último entendido como objetivo o meta final de la humanidad que se encuentra encarnada en la forma concreta de la nación). El mito de los orígenes fue objeto de infinidad de debates; algunos acontecimientos clave relacionados principalmente

con las invasiones y las guerras que dieron luz a la nación recibieron las más diversas y contradictorias interpretaciones. Esos hechos rescatados por la memoria nacional solían relatar el primer enfrentamiento entre barbarie y civilización. Esta última, concebida como un orden jurídico antediluviano, representaba la esencia de la nación. El bárbaro era en cambio el primer usurpador, el traidor, la fuerza bruta impuesta sobre la razón, la violencia que se apoderaba de los bienes, de las tierras y destruía los valores más preciados de la civilización. Sin embargo, el bárbaro podía encarnar también el valor de la libertad y de los derechos naturales. En esos casos, era la raíz más pura de la identidad nacional; expresaba su fuerza, su vigor, su energía.

En el discurso histórico-político, el presente aparecía como edad oscura (o crepúsculo de los dioses). Su interpretación no podía provenir más que del conflicto irreconciliable entre las fuerzas sociales. En el final de la historia, solía situarse la utopía como esperanza de una nueva victoria. La historia anunciaba así generalmente la llegada de un salvador de los pueblos y la inversión de las relaciones de fuerza en la sociedad.

2. La tesis fundamental del discurso histórico-político era la primacía de la guerra en las relaciones sociales. En otros términos, debido a que el ejercicio del poder era inmanente a las relaciones humanas, éstas debían ser concebidas como una guerra continua entre dos partes. La política fue entonces comprendida como la continuación de la guerra "por otros medios" y todos los relatos sobre el pasado se reescribieron como el desarrollo perpetuo de antagonismos y rivalidades, como la búsqueda de la aniquilación del otro o de su sumisión por medio de la violencia.

(El discurso histórico-político) dice que, contrariamente a lo que sostiene la teoría filosófico-jurídica, el poder político no comienza cuando cesa la guerra. La organización, la estructura jurídica del poder, de los Estados, de las monarquías, de las sociedades, no encuentra su principio allí donde calla el clamor de las armas. La guerra nunca desaparece porque ha presidido el nacimiento de los Estados (Foucault, 1992, p. 59).

La guerra no acababa donde se agotaba la violencia física ni se suprimía al establecer las leyes propias de la paz civil. Al contrario, la confrontación bélica permeaba el juego de la dominación e introducía en las estructuras de poder "una violencia repetida meticulosamente" (Foucault, 1978, p. 7).

No se trataba, sin embargo, de un estado de guerra abstracto, de un enfrentamiento hipotético u originario de todos los individuos contra todos, como el que describió Hobbes. El discurso histórico-político, de alguna manera, se oponía a la concepción contractualista hobbesiana que percibía la guerra como amenaza, como situación latente y a la vez como justificación y fundamento del Estado absolutista, garante de la seguridad. Cuando Boulainvilliers afirmaba, por ejemplo, que la guerra era el sustrato de las relaciones humanas, hablaba de un enfrentamiento concreto y actual entre grupos. Esa guerra era también la perpetuidad de las luchas políticas, más que la justificación de un Leviatán que pudiera disolver los conflictos en su cuerpo y en su totalidad. Era, por lo tanto, la base misma de las relaciones de poder.

Mientras que hasta el siglo XVIII la guerra era considerada como una interrupción del derecho, a partir de Boulainvilliers, recubría todo el derecho, incluido el derecho natural (Foucault, 1992, p. 164) y se volvió el sentido mismo del Estado, de la institucionalización de la normas. Es ese historiador francés el que enunció con mayor claridad el discurso de la guerra intestina y de la formación conflictiva del Estado.

Para que madurara la idea de una dominación guerrera, era necesario, en términos weberianos, que “el Estado hubiera monopolizado la violencia legítima”. El paso previo a la formulación de la primacía de la guerra fue la estatalización de la misma, la formación de un cuerpo militar controlado por el Estado.

A partir de aquí (dice Foucault), la guerra tiene que ver con el reparto de las armas, las técnicas de lucha y de reclutamiento, la retribución de los soldados, los impuestos relativos al ejército: la guerra, en suma, entendida como institución interna y ya no solamente como acontecimiento bruto de la batalla (Foucault, 1992, p. 169).

3. De la primacía de la guerra se derivó una concepción de las comunidades humanas basada en una división binaria entre vencedores y vencidos, dominantes y dominados, justos e injustos o ricos y pobres. La historia —se aseguró— era sólo la de unos cuantos; la ley tenía siempre dos caras. Mientras que hasta el siglo XVII el discurso histórico daba por sentada la homogeneidad del cuerpo de la nación, la contrahistoria cuestionaba la unidad y construía el relato a partir de un dualismo basado en una traición o en una invasión originaria.

Por primera vez es formulada aquí la idea de que toda ley, toda forma de soberanía, todo tipo de poder deben ser analizados no en términos de derecho natural o de constitución de la soberanía, sino como el movimiento sin fin —y siempre histórico— de las relaciones de dominación de unos sobre otros (Foucault, 1992, p. 120).

El discurso histórico-político revirtió el mito del absolutismo que encontraba su identidad y fuente de legitimidad en el derecho universal o en los derechos naturales. Los revolucionarios ingleses afirmaron la existencia de otro derecho, más legítimo que el de los reyes, que hundía sus raíces en la historia misma del pueblo inglés.

El narrador asumió la posición del pueblo, de los vencidos. El historiador se volvió decididamente partidista, puesto que construía una verdad que funcionaba deliberadamente como fuerza política para la victoria de unos cuantos. Se proponía justificar, a partir de cierta visión del pasado, la inversión de las relaciones de fuerza, la necesidad lógico-histórica de la rebelión. Éste era entonces un discurso con un enorme potencial revolucionario. A pesar de que en Francia nació, como lo vimos anteriormente, con la reacción nobiliaria, la burguesía y el proletariado se apropiaron de sus argumentos fundamentales para transformarlo en una historia-reivindicación y en una historia-insurrección.

4. Finalmente, el discurso histórico-político adoptó generalmente una forma mística y martiriológica. Se diferenciaba de la narración romana de la historia, construida

como un canto épico a las glorias y las hazañas del ejército imperial. Se asemejaba, en cambio, a la forma discursiva hebraico-bíblica: era un alargado lamento sobre el exilio y la servidumbre, sobre la traición de los reyes y las derrotas de los justos, una denuncia del poder, de su arbitrariedad y su injusticia. Por otro lado, reclamaba el ejercicio del poder para quienes encarnaban la pureza de la historia. Sus objetivos eran “(la) reversión del engaño, (la) revelación del secreto, (el) desciframiento, (la) reapropiación del saber sustraído y oculto, (la) irrupción de una verdad sigilosamente guardada” (Foucault, 1992, p. 81).

A la vez, la historia se volvió profecía. Su objeto era no solamente la construcción discursiva del derecho a la rebelión, sino también la justificación de la guerra y la legitimación de un sistema de dominación que estaba por construirse. En definitiva, la historia política elaboró el mito de un remoto paraíso que justificaba la grandeza originaria de la nación para profetizar una revuelta y el retorno a la justicia o la reconstrucción de la comunidad originaria. Tanto el presente como la evolución milenaria de las naciones, no constituían más que un larguísimo oscurantismo marcado por la irracionalidad y la imposición de los poderosos.⁵

El discurso histórico-político forma una trama epistémica cerrada: sus ejes fundamentales de argumentación varían poco y el modo mismo de enunciación es relativamente homogéneo. Sin embargo, partiendo de la tesis foucaultiana de la “reversibilidad de los discursos”, las tácticas discursivas y los objetivos extradiscursivos de la enunciación son variables y contradictorios. Si en un principio el discurso histórico-político fue el arma de la reacción nobiliaria, en una época ulterior fue asumido por los revolucionarios franceses; posteriormente, se insertaría de manera casi “natural” en la trama del socialismo decimonónico.

En su apogeo, el discurso histórico-político se convierte en la propia genealogía nietzscheana. Así, de acuerdo con una hipótesis de Nietzsche, toda situación histórica y todo el Estado parten de un enfrentamiento belicoso entre valores. El propio Foucault asumió esta tesis que había descubierto en la trama de la narración histórica moderna: en cualquier tipo de consideración política y en cualquier imperativo moral, no podemos más que ser guerreros de nuestras propias convicciones. Las relaciones sociales y políticas se transforman entonces en una suerte de lucha a muerte entre valores necesariamente irreconciliables. La verdad no es nunca más que una construcción social lograda a través del ejercicio del poder.

GUERRA DE RAZAS Y RACISMO

Bajo el esquema de dominación jurídico-filosófico, la nación constituía una unidad sustentada en la homogeneidad racial de los súbditos: en Francia, por ejemplo, la nacionalidad se basaba “en un sistema fantástico de parentesco entre galos y troyanos, galos y germanos, y galos y romanos que permitía asegurar una continuidad en la transmisión del poder...” (Foucault, 1992, p. 135). Fueron los revolucionarios ingleses los que inauguraron los discursos “teológico-raciales” sobre el dualismo esencial de la nación. Esta concepción novedosa de lo nacional conducía hacia la idea de una bipartición irremediable de la sociedad y de una guerra intestina permanente:

la guerra de razas. La nación inglesa, por ejemplo, fue presentada por los grupos plebeyos en ascenso, como heredera del régimen normando, producto del saqueo y de la extorsión a costa de la raza sajona genuinamente pura y libre, pero derrotada y sometida.

La noción de “guerra de razas” no operaba sólo como tesis particular de un grupo contra otro (levellers y puritanos contra la monarquía inglesa; reacción nobiliaria contra el régimen de Luis XIV), sino como arma discursiva que era utilizada en las luchas políticas por los más diversos actores y con fines muy diferentes. El argumento abordaba la relación entre dos grupos de naturaleza distinta, con diferencias de fuerza, vigor y energía, de ferocidad y de barbarie, que se enfrentaban incesantemente, desde el evento fundador de la nación hasta la resolución revolucionaria de la historia.

A lo largo del siglo XIX, con el ascenso de los movimientos socialistas y anarquistas, los discursos sobre la guerra de razas derivaron en las teorías de la “lucha de clases”: “A partir de ese momento, se busca un trasfondo civil de la lucha que sustituye al trasfondo militar y sangriento de la guerra planteado por los historiadores del siglo precedente” (Foucault, 1992, p. 233).

Se mantuvo, sin embargo, la trama fundamental del discurso histórico-político, basada en la bipartición y en el permanente conflicto al interior de la nación.

En las teorías materialistas de la época ilustrada y en los discursos revolucionarios, el término de “raza” tenía un contenido incierto, ligado al origen geográfico, a la lengua y, sobre todo, a la religión de los pueblos. Durante el siglo XVIII, mucho antes del darwinismo, empezaron a desarrollarse las teorías científicas sobre las razas. El término de raza se redefinió para significar los rasgos físicos aparentes y las características fisiológicas de los distintos grupos sociales. De la definición biológica, se pasó rápidamente a la extracción de consecuencias psico-culturales; se precisaron también conceptos como los de “pureza” y “superioridad racial”.

El desarrollo de las teorías científicas racionalistas está ligado al florecimiento de la biopolítica en los estados modernos, es decir, de la tarea administrativa de los estados para la gestión de las poblaciones. La noción misma de población se presentó desde el siglo XVIII como un problema a la vez científico y político. Partiendo del progreso en las investigaciones biológicas, médicas, antropológicas y demográficas, los gobiernos europeos empezaron a aplicar políticas para incidir sobre las características orgánicas y sobre la salud de la población: el control de la natalidad, el descenso de la mortalidad, las campañas de higiene y de vacunación justificaron la incidencia de las instancias públicas sobre la prolongación y la reproducción de la vida humana.

Foucault definió el término de “biopolítica” como “la génesis de un saber político centrado en la noción de población y en el control de los mecanismos que aseguran su regulación” (Foucault, 1989). Las nociones de orden y limpieza, aplicadas a las poblaciones, aparecieron entonces como una estrategia global de poder de los gobiernos, basada en la noción de “razón de Estado”. Así como las tácticas locales se empeñaban en conformar cuerpos funcionales y disciplinados, los gobiernos impulsaron estrategias de poder basadas en la normalización social: en campañas para la eliminación de la marginalidad, la desviación e, incluso, la impureza racial.

La contrahistoria fue recodificada en términos biológicos y aparecieron los argumentos racistas que reconvertían, aunque desviándolos, los objetivos y las funciones mismas del discurso sobre la guerra de razas. La desviación principal del discurso histórico-político ocurrió a inicios del siglo XX, cuando la visión de la sociedad binaria fue sustituida por la imagen de una sociedad biológicamente homogénea, pero amenazada por elementos extraños que trataban de infiltrarse en ella. El Estado fue concebido entonces como el protector de la integridad racial. El tema de la guerra entre dos razas y el tema mismo de la lucha de clases fueron sustituidos por el de una subraza que amenazaba con llevar a la decadencia a la superraza, al pueblo escogido.

En última instancia, las estrategias específicas de poder desarrolladas durante el siglo XX bajo los regímenes totalitarios, pretendieron sustentarse en las hipótesis de la higiene social. Su objetivo era exterminar a los “elementos poblacionales patológicos”, como el desviado, el enfermo mental o el delincuente, pero también a los grupos raciales considerados “impuros”, como los judíos o los gitanos. Presenciamos así la aparición de un racismo centralizado, estatal, que vivió su apogeo en el nazismo y en las políticas de limpieza social del Estado soviético. Foucault llamó insistentemente la atención sobre el carácter de esta racionalidad que derivó en el racismo estatal, y la necesidad de poner en cuestión las raíces históricas del discurso político que permitió el ascenso de los regímenes totalitarios racistas:

No se debe olvidar —no estoy diciendo esto para criticar la racionalidad, sino para mostrar lo ambiguas que son las cosas— que el racismo se formuló sobre la base de la pujante racionalidad del darwinismo social, llegando a ser uno de los más duraderos y poderosos ingredientes del nazismo. Éste era, desde luego, una irracionalidad, pero una irracionalidad que era al mismo tiempo, después de todo, cierta forma de racionalidad (M. Foucault, “Space, Knowledge and Power”, entrevista con P. Rabinow, en *Skyline*, marzo de 1982, pp. 16-20, citado por F. Vázquez García, 1995).

El racismo cumplía tres funciones específicas:

- a) subdividir la especie en subgrupos que formaban las razas, con el fin de fragmentar e introducir rupturas en ese continuum biológico que el biopoder pretendía gestionar;
- b) crear una relación de tipo bélico que estableciera la dependencia entre la vida de unos y la muerte de otros. “El racismo representa la condición bajo la cual se puede ejercer el derecho de matar. Si el poder de normalización quiere ejercer el viejo derecho soberano de matar, debe pasar por el racismo” (Foucault, 1992, p. 265); y
- c) transformar al adversario en una amenaza biológica, en un peligro externo o interno para un cuerpo definido como la población.

En este sentido, el racismo como biopoder se volvió uno de los mecanismos indispensables de los estados, pues era la condición misma de aceptabilidad del matar. Cabe señalar que “el matar” no era necesariamente la privación de la vida, sino

también la exclusión de los espacios públicos, el confinamiento y la expulsión, o, simplemente, la multiplicación de los factores que llevaban a cierto sector de la población hacia la muerte.

CONCLUSIONES

La genealogía, heredera del discurso histórico-político, lo transformó en su propio objeto de estudio; generó entonces un metadiscurso cuyo objetivo fue el desmitificar un tipo de racionalidad provisionalmente vencedora.

El análisis genealógico en la obra de Foucault permitió desentrañar y analizar los saberes que sustentaban la primacía de la guerra en la política, la bipartición irremediable de las sociedades y la lucha de razas. Demostró que la producción del discurso histórico-político coincidía con un diagrama de poder disciplinario en las sociedades occidentales. A nivel de los dispositivos locales, ese diagrama se concretizaba en una anatomía política, centrada en la formación de cuerpos útiles. Desde el punto de vista de las estrategias globales, se imponía un biopoder cuyo objeto específico de incidencia era la población, entendida a la vez como un problema político y científico.

A inicios del siglo xx, la reversibilidad del discurso histórico permitió la fundamentación del racismo de Estado. El biopoder se sustentó entonces en las nociones de higiene pública y de limpieza racial y dio lugar a políticas decididas de exterminio de los individuos considerados como marginales, desviados o impuros.

Tanto el nacionalismo como el racismo forman parte de una trama epistémica vigente hasta nuestros días, mediante la cual la producción del poder político genera sistemas de inclusión-exclusión para conformar sociedades de normalización.

NOTAS

La traducción y transcripción de las lecciones impartidas entre enero y marzo de 1976 se encuentra en el libro *Genealogía del racismo*, Madrid, La Piqueta. Dos de esas lecciones (del 7 y del 14 de enero) fueron recogidas en el libro *La microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, que contiene además diversas entrevistas y artículos sobre sus trabajos de investigación genealógicos. Finalmente, este artículo hace referencia al *Résumé des cours* (1970-1982) y de manera particular al resumen de los cursos que impartió Foucault en 1975-1976 ("Il faut défendre la société" "*Hay que defender a la sociedad*"), en 1977-1978 ("Sécurité, territoire et population" "*Seguridad, territorio y población*") y en 1978-1979 ("naissance de la biopolitique" "*nacimiento de la biopolítica*"), París, Julliard, 1989.

"¿La razón? Pero ésta nació de un modo perfectamente razonable, del azar" (Foucault, 1978, p. 10).

Foucault menciona, por ejemplo, el silencio que rodea, en el discurso histórico, la práctica de la sodomía, y que permitió frente a ella actitudes tan contradictorias como la extrema severidad de los castigos (podía causar la condena a la hoguera) o la amplia tolerancia que se deduce de la rareza de las condenas relacionadas con esa práctica sexual (Foucault, 1977).